

AP60
.A1
1903



Cuadro de RICARDO BRUGADA.



COMIQUERIAS AÑEJAS

(APUNTES PARA UNA HISTORIA ANECDÓTICA DEL REINADO DE FERNANDO VII.)

FELIZ edad y felices tiempos aquellos en que la Monarquía era absoluta ó constitucional por temporadas, en que la inmunidad parlamentaria era el más derecho camino de Ceuta, Melilla y la Gomera, en que los personajes más ilustres de la Nación salían de las Secretarías de Estado para ir á la emigración, en que había en cada calle una logia, en que se leía *El Guirigay* y *Fray Gerundio*, y en que Heros, el buen amigo de don Agustín Argüelles, combatía en el Estamento de Próceres (*Senado*), la creación del Consejo de Estado, no sólo por ser institución extranjera, sino porque estaba demostrado que en las naciones donde lo había, progresaban poco las máquinas de vapor.

Pasó todo ello para no volver. Lo que de aquella época perdura y lleva trazas de ser eterno, es la esclavitud y pobreza en que los escritores vivían, forzados á ser comparsas de las jugarras políticas para obtener de ellas credenciales de covachuelistas y folicularios, ú obligados á escribir tragedias, melodramas, comedias y pasillos que el censor mutilaba ó no dejaba representar.

Bretón de los Herreros, muy joven aún, vivía olvidado de sus aficiones literarias en la Secretaría de la Intendencia de Hacienda de Valencia, cuando los sucesos trágicos de 1823 ocasionaron su cesantía.

Acordóse, entonces, de que tenía escrita una comedia, *A la vejez, viruelas*, y con ánimo decidido de lograr que se la representasen, vino á Madrid, trayendo, por todo caudal, un mezquino puñado de maravedises.

Desde tiempo inmemorial estaban los teatros madrileños confiados á compañías cómicas, en cuya formación intervenía el Ayuntamiento de Madrid, con sujeción al Corregidor que, como juez protector de teatros en todo el Reino, ejercía en ellos una autoridad despótica. Pero con la Constitución habían venido á España modas y costumbres francesas y una de ellas fué la Empresa teatral. Con la entrada del industrialismo en los teatros de la Cruz y del Príncipe, se ocasionaron varios trastornos, no siendo el menor, el acostumbrarse el público á decoraciones, mobiliarios y trajes de mayor propiedad y riqueza que los usados antes por las compañías, pues cuando las empresas tronaron y los comediantes quisieron seguir representando á la pata llaña, llamóse la gente á engaño y dejó de asistir á las comedias.

Además, había muerto Maiquez, sin sucesor posible y Rossini había pasado la frontera. Fué verdadera locura la que aquel genio musical produjo en Madrid. Sucediáanse unas á otras las compañías italianas, y entre tanto Bretón de los Herreros y otros, estaban con sus comedias y pasillos bajo el brazo, esperando que el público se cansase de tantas corcheas y semifusas.

El último empresario que se dejó desplumar en

los teatros de la Cruz y del Príncipe, después de los sucesos de 1823, fué el popular francés Juan Grimaldi, marido después de la célebre actriz Concepción Rodríguez; pero bien pronto tuvo que suspender las funciones, sin poder subir la *cuesta de Enero*, que no es cosa moderna.

Mas la reacción triunfaba en todo y, al llegar Pascua Florida, abriéronse los teatros, por cuenta de las compañías, á la antigua usanza.

A la puerta del convento de la Victoria esperaba Bretón de los Herreros que el padre Carrillo se dignase recibirlo. Gil y Zárate ha retratado al fraile censor de mano maestra: «De excesiva obesidad, de entendimiento boto, mugriento, sucio, todo empolvado de tabaco rapé... Su mayor delicia consistía en asistir á los reos en capilla y acompañarlos al cadalso.»

Buen rato llevaba Bretón esperando, cuando se acercó á la misma puerta otro joven y llamó al hermano portero.

—Decid al padre Carrillo que está aquí Gil y Zárate, el autor de *Rodrigo*, y además, dadle esto en mi nombre.

Y le entregó un envoltorio.

Cuando se hubo marchado el hermano guardián, acercóse Bretón á Gil y Zárate, de quien ya conocía algunos trabajos, y le saludó, pidiéndole detalles de lo que había de hacer para ver cuanto antes representada su obra.

Acogióle Gil y Zárate con mucho afecto.

—¿De modo, que sois poeta y traéis una obra para que os la apruebe el padre Carrillo?

—Sí, una comedia titulada: *A la vejez, viruelas*.

—Desventurado de vos! ¡No sabéis qué clase de hombre es ese tirano de las letras! En vuestra comedia habrá, seguramente, las frases *ángel mio* y *yo te adoro*.

—Sí, las hay más de una vez.

—Pues, ya las podéis contar por tachadas, porque el padre Carrillo entiende que estas dos expresiones sólo pueden pronunciarse, refiriéndose á cosas celestiales. Así, en el teatro español no habrá más *ángel mio* que el de la Guarda, y acaso, acaso, el Exterminador, que es el mismísimo padre Carrillo.

—Pero eso es un rigor excesivo.

—¿Excesivo? Lo referido es casi benevolencia. Un amigo mío pone en un drama histórico la frase *aborreço la victoria*, y el padre Carrillo la tacha con grande enojo, porque sospecha que el autor ha querido referirse á este convento de la Victoria. En una comedia, para describir á un médico, se decía:

por donde quiera que pasa
le llaman la Extrema-unción...

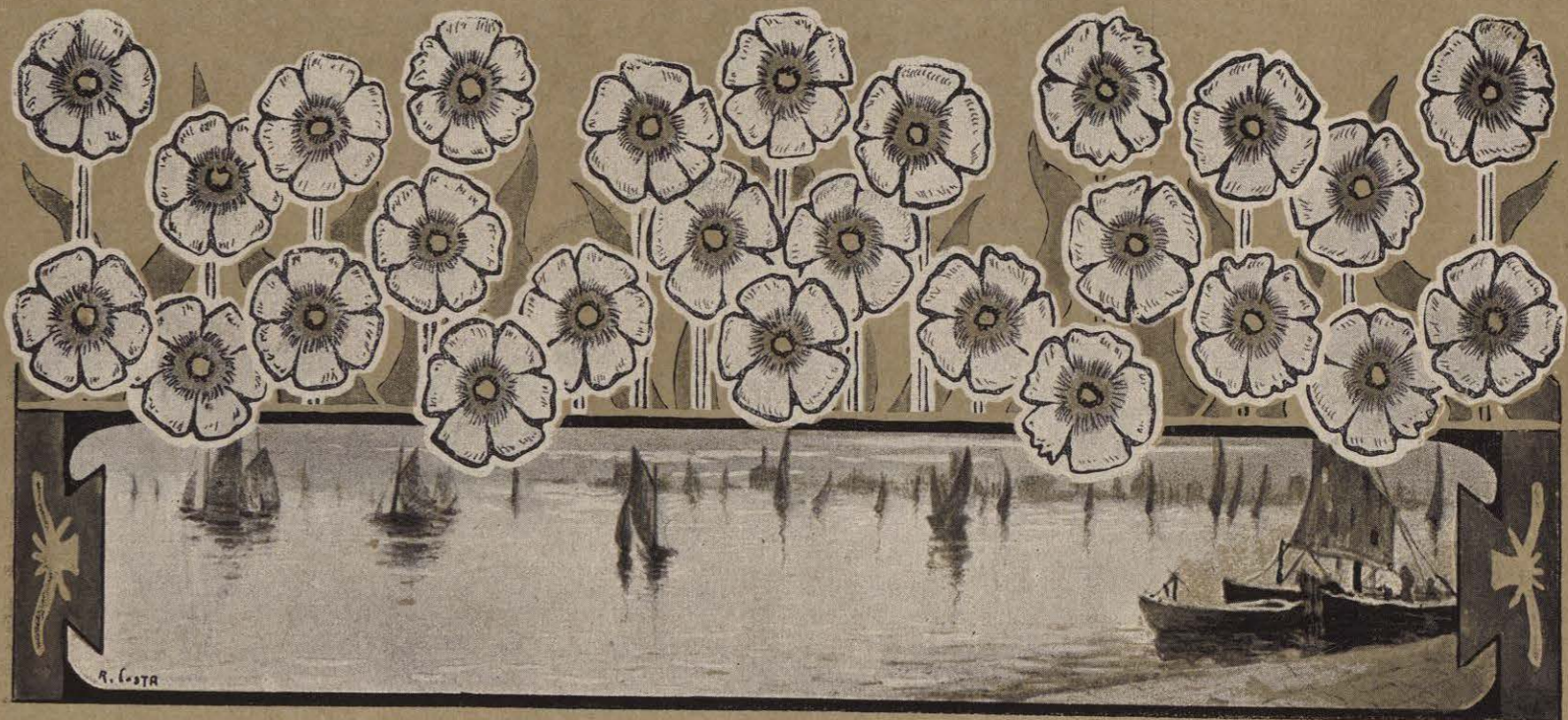
Esto es sacrilegio.—pensó el buen fraile,—y no solo tachó el verso, sino que lo rehizo. ¿Sabe usted cómo? Así:

por donde quiera que pasa
le llaman golfo león.

—¿Golfo león? —exclamó Bretón riéndose.—¿Y qué quiere decir eso?

—Ni él mismo lo sabe. Le presentan una tragedia de Clitemnestra y se empeña en que Orestes no debe matar á su madre.—«Pero si es un hecho consagrado en la fábula».—dice el autor. El padre Carrillo se enfurece:—«No dejes pasar ese brutal parricidio. No y no».—Y luego amansándose y dando muestras de interesarse por el autor, le dice:—«¿Qué trabajo le cuesta á usted poner otro final?»—En otro drama hay un personaje que ve destruidos, su hogar, fortuna, familia y afectos. En un monólogo se pregunta qué le queda en la vida y se responde:

mi espada y el desprecio de la muerte...



—«¿Suicidio tenemos?».—grita el padre Carrillo, é iracundo tacha el verso y lo substituye con este otro:

me voy, me voy, que estar más aquí no puedo.

Rióse Bretón á carcajadas. Gil y Zárate, muy compungido, agregó:—¿Y lo que á mí me sucede ahora? Escribo una tragedia original, labor meritoria, siquiera porque los demás no hacen sino traducciones, la traigo á la censura, y el padre Carrillo no me tacha una sola línea, sino que declara que no puede representarse ni un acto ni una escena. El asunto de la tragedia es el final de la dominación goda. Se titula *Rodrigo*, y en todo, especialmente en sus amores, he respetado y seguido escrupulosamente la verdad histórica. Pues el padre Carrillo dice que todo ello será verdad; pero que no conviene que el pueblo vea que los reyes son tan aficionados á las muchachas guapas.

—¿De modo,—interrumpió Bretón,—que toda labor literaria está á merced de los caprichos de ese hombre ignorante?

—Hay varios recursos para amenguar sus rigores. El más decisivo es regalarle una caja de tabaco rapé. Toda su inflexibilidad viene á tierra apenas se ve ante sus polvos favoritos. Otro arbitrio es hacerse amigo de Barbieri, alcaide y *factotum* del teatro de la Cruz. El padre Carrillo no tiene admiración más que para las obras de Tirso de Molina, á pesar de la desventolura y desenfado y aún picardía del ilustre fraile mercenario. Los días que en el teatro de la Cruz ponen obra de Gabriel Téllez, acude el padre Carrillo muy temprano, y ya Barbieri, que como buen italiano no es mal cocinero, le tiene preparado un timbal de macarrones, y ante ellos, como Barbieri quiera, el padre Carrillo transige y pasa por todo. Pues vea usted, señor Bretón, mi desgracia; espero darme á conocer con esta tragedia del rey don Rodrigo, en la que he consumido más de dos años, y el padre Carrillo no accede á que la obra se represente. Han sido inútiles las recomendaciones de personajes y religiosos, de Barbieri y de las comediantas, que, por ser yo hijo de una de ellas, tienen gran interés por mí. Hoy apelo á la prueba del rapé. Veremos si así rindo su fortaleza.

El padre Carrillo encontró poco que tachar y corregir en *A la vejez, viruelas*. Parecióle bien que la obra estuviese escrita en prosa, y aplaudió cuando Bretón le dijo que lo había hecho así, no por no manejar el verso, que más tenía de poeta que de prosista, sino por admiración á Moratín, que en prosa había escrito sus comedias. Tachó dos ó tres *yo te adoro* y un par de *ángel mio*, cambió *chulear* por *burlar* y suprimió la palabra *pobre* cada vez que tropezó con ella, y devolvió el manuscrito á Bretón, haciéndole grandes elogios por la sencillez de la trama y la fluidez y naturalidad del diálogo. Con esto recibió Bretón verdadera pesadumbre, porque al oír su obra aplaudida por aquel bestialote, creyó que debía ser malísima.

Una vez aprobada *A la vejez, viruelas*, fué entregada en el teatro del Príncipe, donde pasó Bretón dos meses luchando sin conseguir que su obra fuese representada. Al fin, apretando el calor del verano, cerróse el coliseo, marchóse la compañía y aun se vió y se deseó Bretón de los Herreros para recoger el manuscrito. Había perdido toda esperanza, cuando, al llegar Octubre, supo que le buscaban gentes del teatro del Príncipe en demanda de su obra. Pensaban los comediantes, que ya habían regresado de su excursión á las provincias, dar una función en celebridad del cumpleaños del Rey, y no teniendo comedia á mano que estrenar, acordáronse de la del *cesante*, que con este apodo le conocían de bastidores adentro.

El 14 de Octubre, en efecto, dióse la primera representación. Un espectador que, sin duda, era Hartzembusch, á la sazón de diez y ocho años, narró el aspecto del teatro aquella noche: «La embocadura muy

R. LÓPEZ CABRERA



DESPUES DE LA BODA

(Círculo Artístico.—Barcelona.)